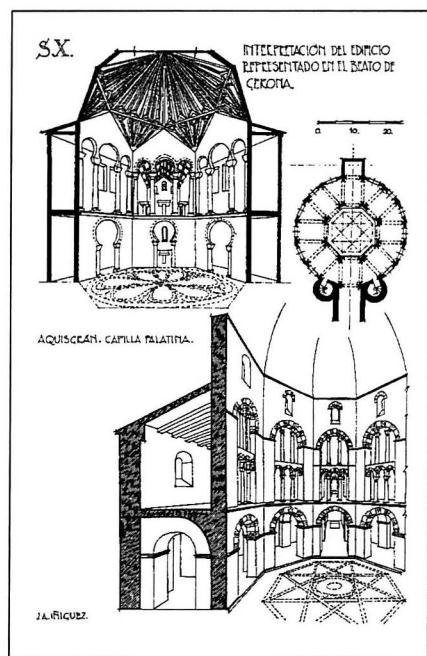


ÍÑIGUEZ HERRERO, JOSE ANTONIO

EL ALTAR CRISTIANO; DE CARLOMAGNO AL SIGLO XIII

Ediciones Euns, 1991.



En uno de los números anteriores de esta revista se publicaba una reseña bibliográfica de la *Historia de la Arquitectura* del inglés Banister Fletcher. El acierto de este libro en gran parte se debe a la sistemática ilustración de los edificios comentados con acertados dibujos analíticos realizados por el autor.

Esta circunstancia, lejos de ser lo normal, se ha convertido en algo bastante inusual en los textos y trabajos dedicados a la historia de la arquitectura, realizados –cada vez con más frecuencia– por historiadores del arte no arquitectos; sin duda eruditos en las materias historiográficas, pero ignorantes en el arte del dibujo, y en algunos casos, de los adecuados métodos para analizar unos edificios que fueran el resultado de aunar –en un trabajo de creación proyectual– todo un cúmulo de aspectos: desde los constructivos, a los tipológicos, funcionales o estrictamente formales.

Sírvanos esta introducción para resaltar el magnífico trabajo realizado por el arquitecto José Antonio Íñiguez Herrero sobre la arquitectura religiosa desde la época de Carlomagno al siglo XIII.

Son conocidos otros trabajos del autor, en perfecta continuidad –en cuanto tema y método– con esta publicación. Su temprano libro *Historia del Arte*, editado como manual de esta asignatura, siendo profesor de la Escuela de Arquitectura de Madrid, aún nos sorprende por la calidad gráfica de sus láminas y la belleza de sus dibujos analíticos. Se trata de un libro que, agotado hace tiempo,

convendría volver a reeditar completando o actualizando lo que hiciera falta. Otro de sus trabajos, la *Síntesis de Arqueología Cristiana*, libro que pretende servir de manual y tratado de índole general para los interesados en el nacimiento y primer desarrollo del arte cristiano, enriquece su edición con cientos de dibujos explicativos –realizados por el autor– de las primitivas construcciones arquitectónicas, o de los primeros motivos iconográficos.

El trabajo que ahora comentamos, recientemente editado, lleva por título *El altar cristiano: desde Carlomagno al siglo XIII*, y es el segundo volumen de una obra más amplia, de la que ya habrá aparecido el primer tomo, *De los orígenes a Carlomagno, s. II-año 800* hace unos años. Pudiera parecer, por el título, que el autor se centraría en analizar las variantes de un elemento –entre arquitectónico y mobiliario– como es el altar y sus elementos accesorios. No es así, Íñiguez, buen conocedor de la arquitectura tardorromana y medieval, realiza un análisis desde la totalidad del edificio, profundizando en aquellos aspectos –constructivos, funcionales y de uso o liturgia– que fueron condicionando la construcción de las formas arquitectónicas y su evolución en el tiempo. En este sentido, la aparición del doble presbiterio –a la cabecera y a los pies de la iglesia–, las capillas absidales, el nacimiento de la girola, los primeros transeptos, el resurgir de las criptas con presbiterios elevados, las plantas centralizadas de uno o más pisos, etc., son algunos de los temas tratados en el libro de mayor relevancia para aquellos interesados en la historia de la arquitectura.

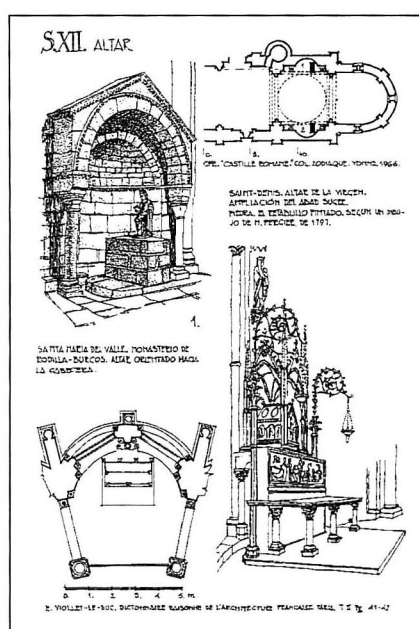
Pero lo que nos gustaría resaltar, de acuerdo con lo dicho anteriormente, es la calidad de las ilustraciones. José Antonio Íñiguez, magnífico dibujante, sabe aprovechar su destreza gráfica al servicio del análisis histórico. Si en el primer volumen de esta serie ya destacaban por su claridad analítica y descriptiva la serie de láminas explicativas de las sucesivas alteraciones en la tumba del apóstol San Pedro o la reconstrucción gráfica de algunos espacios religiosos conocidos tan sólo por las descripciones literarias; en este segundo volumen, las láminas aumentan en número y, si cabe, en interés. Por sólo destacar algunas, nos gustaría comentar el esfuerzo interpretativo que el autor realiza para mostrar la posible imagen real de algunos templos o elementos arquitectónicos, mediante dibujos elaborados a partir de las toscas y casi ininteligibles imágenes que ilustran los Beatos y Biblias del siglo X. En nuestra opinión, este conjunto de ilustraciones ya suponen una valiosa aportación al conocimiento histórico de la arquitectura medieval.

Pero, con todo, la calidad de los dibujos, al servicio del análisis, no es el único mérito de este trabajo. Con gran paciencia y perspicacia histórica el

autor ha sabido extraer de una ingente lectura de textos medievales –ajenos por completo a la arquitectura– aquellos pasajes que pudieran arrojar alguna luz en la tarea de analizar e interpretar la arquitectura de la época. Quisiera señalar tan solo dos pasajes que ilustran la variedad de aspectos tratados en el libro.

Al tratar de la cripta carolingia, sin duda heredera de la romana, recoge algunos textos del siglo IX que ponen en evidencia el asombro que causa la recuperación de las nuevas técnicas constructivas perdidas tras las épocas oscuras que siguen a la caída del Imperio Romano en occidente. Así, en los versos de dedicación de la reforma de la iglesia de un cierto monasterio, realizada por el obispo de Würzburg, se comenta que los antiguos pasadizos, seguramente cubiertos con grandes dinteles de piedra, fueron ampliados y cubiertos con bóvedas, haciéndose *“la cripta más y más sublime, poniendo en el lugar arcos fortalecidos con ladrillos una y mil veces, misteriosas piezas que consolidan todo el aula”*. Algunos años después la bóveda de cañón levantada por el rey Ramiro, en su iglesia ovetense de Santa María del Naranco, volvía a ser causa de admiración; y así, la crónica de Alfonso III nos dirá que esta iglesia fue *“decorada con maravillosa belleza, y como otras cosas de su decoración callen, está abovedada con arcos de horno, construida sólo de cal y piedra, de forma que si alguien quisiera (encontrar) un edificio similar, no lo hallará en España”*. Otro texto recoge una idea similar al describir dicho edificio: *“Después que aquietó la guerra civil, edificó muchos edificios de muro y mármol, sin maderos, de obra de horno, en la falda del monte Naranco, sólo alejados dos millas de Oviedo”*.

Es evidente que lo que ahora nos parece normal –la construcción adintelada, las cúpulas y bóvedas– supusieron una tremenda innovación en su época. Los testimonios que nos ofrece Iñiguez en su libro, dan fé del prestigio que se derivaba de la incorporación de estas técnicas, permitiéndonos vislumbrar alguno de los motivos que pudieron llevar al tránsito de la arquitectura románica a la gótica. Todo este conjunto de observaciones y consecuencias –unidas a los dibujos analíticos– es lo que nos permite afirmar que, en muchos aspectos, la historia de la arquitectura requiere ser realizada por los mismos arquitectos; pues sólo así podrán obtenerse resultados fructíferos que superen la simple acumulación de datos eruditos.



Carlos Montes Serrano